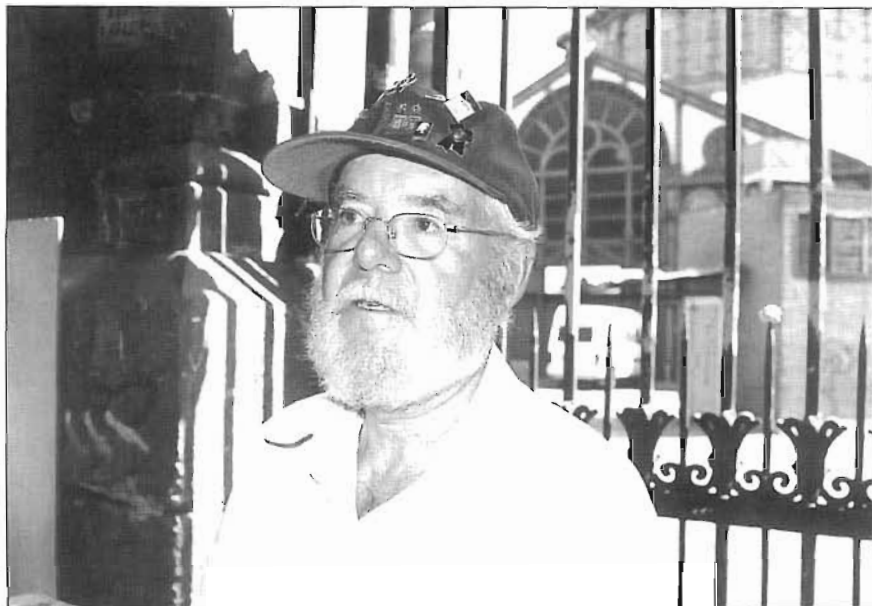


## Els dies de la postguerra



Antonio Rabinad 1998. FOTO: IGNASI R. RENOM

Text de la xerrada de l'escriptor Antonio Rabinad, autor de *Memento mori*, al centre cívic de Can Felipa, pronunciada el 27 de març de 1998.

Quisiera dejar aquí constancia de mi querencia, de mi proclividad hacia Pueblo Nuevo. Si el Clot es mi barrio natal, Pueblo Nuevo es mi barrio de elección. Si el Clot significa para mí la niñez y la guerra, Pueblo Nuevo es mi adolescencia y mi juventud inscrita en una tristísima y larguísima posguerra de la que muchos no lograron salir y otros lo consiguieron prácticamente destruidos. Ya en mi primera novela, *Los contactos furtivos*, aparece Pueblo Nuevo, y volverá a salir en *La monja libertaria (Libertarias)* y, por supuesto, en *Memento mori*. El protagonista de *Los contactos*, Luis Rodell, recorre sus calles y frecuenta sus cines, y Juan Doriac, el director de la academia de la que Rodell

es ex-alumno, se suicida en un paso a nivel de este barrio, circunvalado entonces, como el mío, por vías férreas. Pueblo Nuevo, una zona a la que debía haber odiado lógicamente —porque yo trabajaba en una oficina de la calle Tànger—, se convirtió desde el principio en mi refugio y mi salvación. Para un niño que había asistido al espectáculo primario de la guerra, que había visto la destrucción física, instantánea, de la gente, la forma en que algunos morían, para un niño como yo, algunos símbolos, la forma en que todos vivíamos, se le aparecía más siniestra e infinitamente más peligrosa que la etapa anterior, porque también era infinitamente más sutil, en el sentido de engañosa, traicionera: se me aparecía como algo que debía conjurarse urgentemente si no quería perder algo precioso cuyo nombre ignoraba, pero que ahora podría definir como con-

ciencia. Ya para esquivar aquel espíritu aberrante, para preservar ese «algo» precioso cuyo nombre aún no sabía, para huir de aquel mal sueño, o negra pesadilla, yo, con pocos libros que leer y menos amigos con quienes hablar, me refugiaba en los sueños de plata del cine, una droga al alcance de todos los españoles, como el No-do.

En Pueblo Nuevo existían cuatro cines, el Triunfo, la Alianza, el Rellisquín' y el California. Cines donde, por alguna razón que no me explico, misterios de la distribución en el extrarradio, hacían películas maravillosas, algunas incluso de estreno; cines donde por muy poco dinero, incluso para un muchacho de mi época, podían verse dos o tres películas en una sola sesión: sesiones orgiásticas de las que yo emergía a la alta noche con la mente llena de imágenes y los ojos doloridos, para regresar a mi barrio con paso vacilante, como ebrio, a través de los campos oscuros.

*La diligencia, Pasión de los fuertes, El sargento York, Si no amaneciera* y tantísimas más eran maravillosas películas en blanco y negro que nos ayudaban a vivir en una España también en blanco y negro. Pueblo Nuevo fue mi salvación.

Yo llegaba a él como se llega al límite del mundo conocido. Vivía en la calle Hernán Cortés y, luego de atravesar el paso a nivel que había al fondo de la calle, me adentraba por los campos que empezaban detrás mismo de las Industrias Sanitarias, bajaba una hondonada, atravesaba un riachuelo sobre unas piedras en el agua —todo era igual que en un cuento— y recorría un caminito de tierra casi oculto bajo una doble muralla de madreSelva, un camino

que zigzagueaba dando acceso a ambos lados a parcelas minúsculas protegidas por puertecitas con candado –porque entonces el descanso del obrero, luego de trabajar como un esclavo diez o doce horas los días laborables, consistía en doblarse el domingo sobre su pañuelo de terreno–, y subía un repecho al final del caminito y salía a la primera fábrica, en la calle Llacuna.

Yo vivía más aquí, en Pueblo Nuevo, que en mi barrio. Mil veces he recorrido cada una de sus calles, escudriñando las fachadas de sus edificios, los huecos de sus portales,

los aldabones de hierro de sus puertas y subido incluso a los terrados de sus casas, autorizado por vecinos complacientes. Y leído los rótulos de sus establecimientos, aquella floristería del paseo<sup>2</sup> que se llamaba El Crisantem, y que un día habían añadido una «o» pequeña y vergonzante en un extremo, y ahora se llamaba El Crisantemo. Detalles y sensaciones que yo percibía y anotaba en mi memoria, sin premeditación ni alevosía, de una manera insensata, como aquél que se enamora de una mujer fea y madura, e incluso sus medias torcidas le hacen gracia. Hasta que un

día todo aquello se volcaría en un libro. Y almacenado en mi interior docenas y docenas de caras de gente que llegaban a serme familiares sin haberles nunca dirigido la palabra, por el simple hecho de haberlas visto caminando, o sentadas en las sepulcrales losas del paseo del Triunfo, en mi obsesivo paseo circular a lo largo de innumerables tardes de verano que no se acababan nunca. O dejando el paseo, siempre lleno de flores y gente –era como la calle de la vida, con la presencia del cementerio al fondo–, me internaba por las calles adyacentes, paseaba por aquellas calles largas y vacías del domingo, algunas de tierra, otras con grandes huecos en su asfalto, sus fábricas carcelarias, cerradas y desiertas,

deshabitadas, pero conservando en su estructura, como inmensas caracolas, un runrún lejano de trabajo, un rumor que yo oía al pasar como si oyera el mar cercano. Caminaba de cartelera en cartelera de cine, antes de decidirme a entrar en alguno.

Cuando de noche ya, como quien cruza la frontera, cruzaba la carretera de Ribes, podía distinguir a Aníbal - Víctor Mature caminar cansinamente con sus huestes hacia el Norte, hacia los Alpes, y yo mismo me arrastraba solitario y agotado por una interminable calle con adoquines negros, una calle con olor a curtidos, la calle San Juan de Malta, cordón umbilical que me devolvía al útero materno, a mi casa del Clot.

He querido hablaros de todo esto, presentaros esta imagen espectral de un Pueblo Nuevo que ya no existe, pero que no dudéis que sigue existiendo en algún lado, porque esta mañana, al despertarme y hacerme presente la inminencia de este acto, he comprendido algo tan obvio como eso: Pueblo Nuevo hizo de mí un escritor.

Antonio Rabinad

## NOTES

1. El Rellisquín era l'Ideal. Altres cinemes que no esmenta Rabinad eren el Provençals i el Catalunya.
2. Es refereix a la rambla del Poble nou, aleshores oficialment passeig del Triomf o paseo del Triunfo.



La novel·la Memento mori d'Antonio Rabinad ha esdevingut, sense pretendre-ho, un document de l'època.